

José
Enrique

NOTA PRELIMINAR. La publicidad de estas cartas ha sido posible por la generosidad con que la ha autorizado el gran poeta español. No se incluye en ella toda la correspondencia intercambiada ya que algunas piezas han quedado en España (según comunica Jiménez en carta de marzo 11, 1954). Pero se incluyen dos cartas suyas totalmente inéditas y una de Rodó, también inédita, que el mismo poeta califica de la más importante y que, por indicación suya se reproduce en facsímil.

Rodó y Juan Ramón Jiménez

PÁGINAS DE UNA CORRESPONDENCIA

PRESENTACION

por

Emir Rodríguez Monegal

UNO de los más emocionantes y hermosos testimonios que se conserva de Rodó pertenece a Juan Ramón Jiménez. En sus Españoles de tres mundos (Buenos Aires, Editorial Losada, 1942, pp. 61-63) ha precisado el poeta su caricatura lírica del crítico uruguayo. Tres momentos tiene su evocación (y recreación inspirada): el retrato ideal, la estatua esencial construida por el hombre Rodó y para sobrevivirlo: la confidencia del primer contacto de Jiménez, y su grupo, con la obra de Rodó: el fugaz encuentro personal antes de la muerte.

Con estas palabras evoca Jiménez su temprano deslumbramiento ante Rodó:

"Una misteriosa actividad nos cojía a algunos jóvenes españoles cuando hacia 1900 se nombraba en nuestras reuniones de Madrid a Rodó. Ariel, en su único ejemplar conocido por nosotros, andaba



de mano en mano sorprendiéndonos. ¡Qué ilusión entonces para mí deseo poseer

aquellos tres libritos delgados, azules, pulcros, de letra nítida roja y negra: Ariel, Rubén Darío. El que vendrá! Después, en 1902, tuve ya una carta inestimable de Rodó por mis pobres Rimas enfermas. Luego, para mí solo, sus libros aquellos anhelados. Más tarde, en 1908, su crítica Andaluza recóndita, por mis ansiosas Elejías. Al fin, Motivos de Proteo. El Mirador de Próspero. Después...".

Algún pormenor de esta lírica reseña es levemente inexacto; pero ello no altera la verdad esencial de todo lo dicho. Las precisiones que ahora divulgo no pretenden alterar sino (apenas) confirmar esa verdad que Jiménez sintetizó en sus páginas.

* * *

EN 1902, Juan R. Jiménez (todavía no firmaba Juan Ramón) envía a Rodó sus Rimas (Madrid, Librería de Fernando Fe). El 2 de julio Rodó le agradece el envío en una larga carta que más tarde el poeta publicó incompleta en la revista Renacimiento (t. II, N.º 7, setiembre 1907, pp. 362-64).



Montevideo, 17 de Septiembre de 1909
Sr. B. Juan R. Jiménez
Mozques

Poeta y amigo: Bienvenida su cariñosa carta y bienvenido sus dos últimos libros, que he leído con gran deleite. Su poesía es de Ud. en fondo y forma: es su alma misma en la más pura y transparente expresión que un alma pueda darse en palabras. Infunde Ud. de tal manera su espíritu en las condiciones de la forma poética: que nuestro idioma, en sus versos, parece pasar por una verdadera transfiguración. Nunca se le hizo tan leve, tan vaporoso, tan alado. Leyendo sus versos se recrea, con sorpresa y arrobamiento, todos los secretos de la espiritualidad musical: de la fragancia aérea, que cala arrancar al genio de una lengua, tenida por tan exclusivamente pintoresca y plástica. Y en la manera como viene Ud. los

"BIEN venido, muy bien venido su libro. Me ha ofrecido usted con él la grata oportunidad de alejarme por una hora más de preocupaciones ajenas a las letras, en días en que, por tales preocupaciones, leo mucho menos de lo que yo quisiera. Esto sólo ya merecería agradecimiento; pero es la impresión de la lectura, suave y reparadora, lo que debo agradecerle más.

"Si le escribiera con más tiempo y más reposo de espíritu, esa impresión me daría tema para llenar muchas páginas. Pero he de contentarme casi con decirle que su libro me ha gustado mucho y que veo en usted una hermosa alma de poeta.

"No se equivocaron, por cierto, al presentarme a usted como un pariente espiritual del soñador de otras Rimas, — sin mengua de la originalidad de su fisonomía personal. La vinculación de su poesía con el becquerianismo es evidente, — y, tratándose de un temperamento como el de usted, muy natural y muy laudable. Esa manera alada, suave, desdeñosa del efecto plástico y dotada de recóndita virtud sugestiva, no debe dejarse perder en el verso castellano. Bécquer creó y selló con su genio toda una forma poética nueva, que tiene eficacia bastante para persistir, como tal forma, al través de las modificaciones del gusto y el sentimiento en poesía, pues ofrece inefables ventajas con sujeción a ciertos matices de la lírica que no perecerán jamás, cualesquiera que sean los cambiantes a que se presten, porque son, en cierto sentido, los más esencialmente líricos de todos.

"También hay semejanza de tempera-

mento, de alma, entre el sevillano y usted, pero usted es aún más heiniano que él, y, sobre todo, tiene usted personalidad propia y distinta, y la sincera y simpática sencillez con que nos le manifiesta, imprime a su libro el interés humano, que vale más que todo en poesía y para el cual no son, por cierto, necesarias búsquedas de inauditas rarezas, porque nada más natural y verdadero que su manera de sentir, y nada más sin artificio que sus tristezas, sus aspiraciones y las imágenes de sus sueños.

"Pero, ni en el espíritu ni en la forma, faltan en su poesía influencias más nuevas y más adaptadas al gusto dominante, lo que también estimo plausible y digno de estímulo, tratándose de quien, como usted, tiene suficiente personalidad propia y pulcritud y delicadeza de gusto, y un sentido suficientemente fino del carácter del verso castellano, para poder exponerse, sin temor, a sugerencias que, convenientemente recibidas, tienen que ser fecundas en resultados benéficos para una poesía tan inmovilizada en viejos moldes, como la de nuestro idioma.

"En fin: repito sinceramente a usted que veo transparentarse en las páginas de su libro una verdadera alma de poeta, muy llena de naturalidad y delicadeza en el sentir, muy enseñoreada de los tonos suaves de la descripción y de la sencillez y elegancia de la forma; lo que, sin duda, es sobrado motivo para que me regocije de haber merecido su amistad y para que haga íntimos votos porque ella perdure y se haga más estrecha.

JOSE ENRIQUE RODO.

Primera parte de la segunda carta de Rodó a Juan Ramón Jiménez; la continuación de esta reproducción facsimilar la encontrará el lector en la segunda página de este suplemento.

YA están apuntadas en esta carta algunas de las constantes de la poesía y de la personalidad lírica de Juan Ramón Jiménez; ya se advierte el seguro instinto del crítico indicando lo que de verdaderamente original (y por encima de aceptadas influencias) tiene el poeta. Este reconocimiento con que se abre la correspondencia habría de madurar, con las forzadas intermitencias que la precaria salud del poeta y la mucha ocupación del crítico impedirían necesariamente a su diálogo, en una amistad epistolar valiosa.

"Querido maestro: he recibido su tarjeta y el ejemplar de ARIEL que le agradezco verdaderamente. Un millón de gracias también por cuanto me promete; supongo que habrá usted recibido el primer número de HELIOS. ¿Qué le parece? Martínez Sierra recibió su carta; me dice que escribirá a usted largamente; también dí sus recuerdos a Pellicer. No nos olvide, querido maestro, y mande cuanto quiera a su verdadero admirador,

En 1903 Rodó envía a Jiménez una tarjeta y la segunda edición de Ariel (Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1900, con prólogo de Leopoldo Alas) en la que inscribe esta dedicatoria:

"A J. R. Jiménez, al poeta, al amigo."

Jiménez le contesta con una carta sin fecha y escrita en el papel membreteado de la revista Helios de la que era animador; por las referencias al primer número de la misma puede fecharse hacia mediados de 1903. Dice el poeta:

J. R. JIMENEZ.

s/c. Sanatorio del Rosario
Príncipe Vergara 14. Madrid".

EN el mismo número de Helios a que hace referencia Jiménez se transcribe una frase de Ariel en una sección titulada, significativamente, Nuestro Salterio. Allí, en la compañía de otros de Clarín, Leonardo, Esquilo, Platón, Diderot, Gonzalo de Berceo, Musset, Schopenhauer, Chamfort, Unamuno, Shakespeare, Cicerón, Plinio, Marcial, Propertio, Séneca, Terencio, Horacio y Julio Leclercq, aparece este fragmento de Rodó:

"Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno."

Es esa filosofía de Rodó — en que Ética y Estética se funden armoniosamente, en que lo ético se da en fina envoltura estética — lo que atrae y conquista a los jóvenes de este renacimiento español.

Al publicar Motivos de Pro-

teo en 1909 (Montevideo, José M^a Serrano), Rodó envía a Jiménez un ejemplar dedicado. (La fecha, registrada minuciosamente en un Cuaderno de envíos y dedicatorias, es junio 19, 1909). En agosto 13 recibe una carta del poeta, sin fecha como de costumbre.

"Querido maestro:

Acabo de recibir sus MOTIVOS DE PROTEO y me apresuro a enviarle estas palabras de agradecimiento, después de tantos días de recuerdo y de cariño. ¡Nadie como yo le admira; y, sin embargo, por esta enorme enfermedad de la voluntad que me corroe, pasan meses y años sin decirle todo lo que quisiera! Intentaré ordenar en una revista las múltiples consideraciones que me su-

giere su personalidad; esta carta es sólo una rama de cariño. Ahí van esos dos libros que he publicado recientemente; preparo una edición de todo lo mío, — 1^o tomos — que pienso empezar a dar en otoño; ya le llenaré las manos de libros. Y quiero anticiparle que LA SOLEDAD SONORA tiene en su primera página el nombre de usted. ¿Lee usted las revistas literarias de España? Cuando desee algo de por acá, ya sabe que me tiene a su disposición. Usted, en cambio, no me olvide cuando crea que algo pueda serme útil, si lo ve por ahí, pues yo soy de los pocos poetas españoles que cultivan su inteligencia. Y escribame con frecuencia.

Su amigo, que le admira fervorosamente,

J. R. JIMENEZ.

Moguer".

LOS libros a que hace alusión Jiménez eran los dos primeros tomos de las Elegías (Madrid, Tipografía de la "Revista de Archivos", 1908). A su recibimiento Rodó le escribió una hermosa carta al poeta en que comentaba la obra y acertaba a definir con inigualada penetración, la naturaleza de esta nueva poesía. Es inédita y se reproduce ahora en facsímil.

Al margen de la misma carta, y como ampliación del punto de vista allí tan hermosamente expresado, escribe Rodó en 1910 una de sus más penetrantes críticas: Recóndita Andalucía que en 1913 recogió en El Mirador de Próspero (Montevideo, José María Serrano). Tiempo después, Federico de Onís en su Antología de la poesía española e hispanoamericana (Madrid, 1935, pp. 573) haría justicia con estas palabras a la intuición de Rodó: "Lo malo andaluz es falso, exagerado, superficial; lo bueno es exquisito, señoril, sobrio, esencial, eterno. Juan Ramón es el hombre y el poeta de lo bueno andaluz, por excelencia, de la "Andalucía recóndita", que a través de él, advinó Rodó."

CUANDO publica Jiménez en 1911 su anunciada Soledad Sonora (Madrid, Biblioteca Renacimiento) treinta y cuatro de sus poemas están dedicados a Rodó, a quien llama "sembrador de estrellas", con alusión a la última frase de Ariel.

No se conoce otro testimonio de su correspondencia. Pero se sabe que, en 1916, de paso Rodó por Madrid, visita a Jiménez en entrevista que éste ha registrado con arte perdurable y cuya transcripción puede cerrar esta Nota.

"Rojo y oscuro de conjunto, confuso en su acentuación sanguínea, corpulento, vigoroso tronco americano, José Enrique Rodó se levantó brusco de su butaca. El buen amigo común nos presentó. ¡Qué sorprendente imprevisión la mía! ¡Qué ajeno yo, aquella radiante mañana madrileña, de que Rodó estaba "esperándome" sin saberlo yo, en la redacción de España, calle del Prado, entonces presidida por José Ortega y Gasset y "Figaro"! ¡Qué ajeno de que aquella belleza alta, pura, esmaltada, verdeazul de aquel Madrid de fronda y granito cercanos rodeaba con magnitud solemne de mausoleo a un hombre que era para ellos necesario y que llevaba ya en su sangre dinámica su permuta definitiva; de que aquel rincón de museo, de botánico, de academia había enviado ya el mensaje de aviso y cesión a sus iguales de Florencia; de que un mar, una tierra atlánticos

Bella del mismo libro; en jardines
en donde los pasos no son los que
visten. En márgenes del texto y de
general con las páginas triunfantes de
una primavera amovible: son
aquellas de cuyos tristes reales presto
la pasante de su Elegía XXVI "La
gracia melancólica" de sus manos.
... ¡Soy esto sólo para decir
que no es Ud. un poeta andaluz? Yo
creo que sí lo es y que lo es de
su manera más honda. Un instante
o cinco decia, con motivo de "El Pa
lacio Andaluz" de Salvador Rueda, que
no hay una sola Andalucía, sino
varias... Hay seguramente muchas,
pero, por uno. O por, y también se
o sapecho de varias. Hay una
que detesto; otra que admiro; otra,
muy vagamente sabida, que quisiera
y me encanta. La que detesto es

la de los toros y los majos y la alegría estúpida
y la gracia de los chabacillos. La que admiro es
la de los poetas serillanos y los pintores del color.
La naturaleza ebria de luz, y las pasiones violentas
e insensibles... Pero la que quisiera y me encanta
es una que, por muy ^{leves} indios, sopecho
que existe: una muy sentimental, muy delicada,
muy dulce, como nacida de la fatiga lánguida
y melancólica de los desbordes de sangre, a
luz y de voluptuosidad de aquella otra Andalu
cía, la admirable, la solamente admirable: la
adorada, la divina, la hermitica... y Ud.
es el poeta de esta Andalucía, sonada más
que real, y tiene de ella el alma y la voz.

Vuelva a escribirme con frecuencia; há
blame de la juventud española y de lo que
ella piensa, sueña y produce.
Espero con vivo interés los nuevos libros que
me anuncia, y quedo de Ud. amigo
muy ojerudo.

José Enrique Rodó

francia de las cosas, su personalidad
parece, igualmente, aislada y como
nostálgica en su medio. ¿Dónde está
aquí el sol de Andalucía? ... me
preguntaba alguien después de haber
uno de los libros que Ud. me ha
enviado. Y en apeto: el sol que
Ud. canta no es el que ven los de
más en Andalucía: es el ^{amapto} ^{oro} ^{oro}
el que Ud. ve: es el sol velado,
melancólico y onírico que difunde
sobre los campos su pena de en
fermo en una página admirable
de las "Elegías"; el cielo que Ud.
refleja no es el de ^{amapto} ^{oro} ^{oro}
del soneto de Casares: es el cielo
gris que ha dejado para siempre
en el fondo del arroyo "ya luego
fue su crujir; un fondo de
sonaja, en otra página muy

propios del peregrino se le quedaban a Rodó, del todo y para siempre, a la espalda! Grecia, con la muerte!"
NOTA. — Su su Juan Ramón Jiménez, poeta de lo inefable (Montevideo, Biblioteca Alfara, 1948, 2^a edición, IV, pp. 34-37). Gastón Figueira se ocupa de las relaciones literarias de Rodó con el poeta andaluz pero no examina el epistolario que, seguramente, no había podido consultar.